

## El amor en la juventud y en la vejez en Tibulo

Con gran frecuencia suelen señalarse las analogías que una obra determinada presenta con la literatura precedente, y aún su influencia posterior, especialmente en los casos en los que nos encontramos ante producción poética. Ahora bien: ¿se trata de una simple insistencia en temas manidos, en ocasiones antitéticos o difícilmente conciliables, o por el contrario adquieren un significado propio y libre de contradicciones como manifestación de la personalidad del escritor?

Si formulamos esta pregunta con respecto al tema del presente trabajo, podemos responder que, como iremos viendo, el nutrido catálogo de *topoi* que encontramos en Tibulo no supuso un obstáculo que le impidiera adoptar una postura carente de cualquier tipo de contradicciones; los interrogantes que se le plantean a LYNE<sup>1</sup>, sobre los que volveremos en otro momento para darles una respuesta, no invalidan esta afirmación. Por otro lado, la restricción del campo de nuestro estudio a la juventud y la vejez —de las que nos hemos ocupado, desde una perspectiva semántica, en otro lugar<sup>2</sup>— y, por

(1) R. O. A. M. LYNE *The latin love poets from Catullus to Horace*, Oxford, 1980, Clarendon Press, pp. 85-86.

(2) ALFONSO GARCÍA LEAL, «Juventud y vejez en Tibulo», *Simposio Tibuliano*, Univ. de Murcia, pp. 255-262.

consiguiente, la exclusión de él de la infancia se debe a la escasa presencia de ésta dentro del *Corpus*.

Como poeta elegíaco Tibulo no concibe la vida sin amor: por ello no debe sorprendernos la invitación al disfrute de la vida y al amor mientras se es joven, aunque haya que enseñar tretas a la amada, que más adelante se volverán contra quien tal hizo (I 6,9 ss.), o recurrir a *artes y doli* (I 4,82), como los que le recuerda Priapo, que le incita a servirse de falsos juramentos de amor, que se los llevarán el viento y el mar<sup>3</sup>. De la relación amorosa que se establezca —que en el caso del hombre puede ser homo y heterosexual, mientras que para la mujer sólo del segundo tipo, tanto con *pueri* homosexuales como con *iuvenes*— han de mantenerse alejadas por igual toda idea de violencia (I 10,54 ss.) y cualquier tipo de recompensa económica, ya que el poeta es *pauper* y además rehúye toda fórmula de enriquecimiento. Por ello arremete contra la juventud de su tiempo —ataque que alcanza tanto a las *puellae* como a los *pueri* homosexuales— incapaz de sentirse satisfecha con el goce del amor y de valorar el don divino de la poesía —que puede immortalizar al ser amado, motivo de la inspiración del poeta (I 4,65-66)— y en cambio ávida de regalos y dinero<sup>4</sup>, ya que el amor no necesita de ellos (I 8,29); y rompe en maldiciones (I 4,59-60) contra el primer ser anónimo que puso precio al amor<sup>5</sup>.

De ahí el deseo de que los bienes obtenidos por este procedimiento no sirvan para nada a quienes osaron vender su amor, antes bien se conviertan en cenizas y corriente de agua (I 9,12) o les sean arrebatados por el fuego y el viento (II 4,40). Es más, el dinero es un mal consejero, pues, además de ser la causa de muchas desgracias (I 9,17-18), de poco servirá más ade-

(3) El tema del escaso valor del juramento amoroso se encuentra ya en Hesiodo fr. 187 M-W. El motivo del viento, presente en CATULO 70, 3-4, se repite en el *Corpus* en varias ocasiones (I, 4, 21-22; 9, 1 ss.; III 6, 49-50). Vid. A. SABOT, *Ovide, poète de l'amour dans ses oeuvres de jeunesse*, Gap, 1976, p. 521.

(4) Así en I 4, 58 y 67; 5, 47-60; 9, 77-78; II 4, 39, y III 1, 7. Sobre el tema, tópico de la literatura antigua, vid. la «Habgier der Geliebten» en RICHARD MÜLLER, *Motivkatalog der römischen Liebeselegie*, Zürich, 1952, p. 67.

(5) Al igual que en la literatura griega, también en la elegía latina se encuentra la mención del *heuretés*, en un tono que comprende desde la alabanza hasta la maldición. Vid. R. MÜLLER, *op. cit.*, p. 21.

lante, ya que sólo quien amó sin interés recibirá muestras de respeto y aprecio (II 4,45 ss.); además el dinero no proporciona la felicidad<sup>6</sup>:

*Non lapis hanc gemmaeque iuvant, quae frigore sola  
Dormiat et nulli sit cupienda viro* (I 8,39-40).

El máspreciado bien para el amor es otro, un don especial que se aja pronto y del que sólo los jóvenes gozan: el atractivo que les confiere su propia edad (*carior est auro iuvenis*, I 8,31); en él está su poder de seducción y agrado a las *puellae*, que, a su vez, causarán estragos en los corazones de aquellos, con independencia de su compostura, de que se presenten desaliñadas o no, ya que cualquiera que sea su presencia

*Illā placet, quamvis inculto venerit ore  
Nec nitidum tarda compserit arte caput* (I 8,15-16).

Si bien lo realmente importante es la prodigalidad de sus favores, puesto que las *puellae* que interesan a Tibulo, como a los poetas helenísticos y a los restantes elegíacos latinos, no son *castae*: «there is nowhere in elegy any wooing of a woman with honourable intentions»<sup>7</sup>.

El amor ha de ser carnal, y el poeta espera siempre mantener una relación en la que *puella* o el *puer* consientan en no ser castos con él. Este es el tipo de conducta que agrada al poeta; por ello exhorta a Delia a que

*Interea, dum fata sinunt, iungamus amores* (I 1,69)

ya que más adelante la muerte o la vejez los harán imposibles, pues la primera pone fin a la vida, la segunda a la realización física del amor (I 1,70-71). Sin embargo esta dicha que ansía sólo le alcanza en unos pocos instantes de la vida, dado que

(6) Para las citas del texto de Tibulo hemos manejado la edición de F. W. LENZ, *Albi Tibulli aliorumque carminum libri tres*, iter 2.<sup>a</sup> ed. alt., Leiden, 1959 y 1964.

(7) H. E. BUTLER - A. BARBER. *The elegies of Propertius*, Hildesheim, 1964, p. 153.

sú amor con frecuencia se ve contrariado; por ello el poeta elegíaco se nutre de recuerdos de dicha pasada y de sueños de ventura futura, a la espera anhelante de un nuevo encuentro amoroso, que en contadas ocasiones se le ofrece, porque el ideal del amor tranquilo obviamente no le ha alcanzado:

*A miseri, quos hic graviter deus urget: at ille  
Felix, cui placidus leniter adflat Amor! (II 1,79-80).*

Recordemos que en el período helenístico hay dos escuelas de ideario erótico opuesto, una que contempla el amor con ojos irónicos (Calímaco, Asclepiades, Posidipo) y otra para la cual el amor es una cosa seria (Meleagro), en la que los revéses sufridos llenarán al poeta de dolor y angustia<sup>8</sup>. Tibulo engrosa las filas de la última línea, ya que el dolor por sus deseos amorosos no correspondidos llena algunas de las más hermosas páginas inspiradas por la pasión de la literatura de todos los tiempos.

El *topos* que mejor plasma el rechazo del amante es el del *paraklausithyron*. Ante la puerta cerrada que impide la consumación de su pasión el pensamiento de Tibulo vuela hacia la mítica Edad de Oro, que, al igual que no marcaba límites a la propiedad, tampoco ponía trabas al amor<sup>9</sup>: según el *prisco more* (II 3,68) el amor era libremente escogido y los obstáculos no existían; pues.

*non domus ulla fores habuit (I 3,43).*

Un ensueño de libertad total en el amor que se va a encontrar de nuevo más adelante, cuando, en una segunda ocasión, evoca las excelencias de aquellos tiempos cuyas pretéritas costumbres ansía que regresen:

*Nullus erat custos, nulla exclusura dolentes  
Ianua; si fas est, mos precor ille redi! (II 3, 73-74).*

(8) Vid. G. GIANGRANDE, «Los tópicos helenísticos en la elegía latina», *Emerita* 41, 1974, pp. 2 y 15-16.

(9) Vid. M. BÉNÉJAM, «L'âge d'or de Tibulle», *L'élegie romaine. Enracinement - Thèmes - Diffusion*, Paris, 1980, ed. Ophrys, pp. 99-100.

Tampoco la ausencia de amores cuando se está en sazón puede tener un positivo valor; de nada servirá la castidad en la juventud, como nos recuerda Asclepiades:

Φείδη παρθενίης· καὶ τί πλέον; οὐ γὰρ ἐς Ἄϊδην  
ἐλθοῦσ' εὐρήσεις τὸν φιλέοντα, κόρη· (A.P. V 85, 1-2)

ni siquiera aunque ésta venga obligada por razones religiosas<sup>10</sup>, como sucede con los ritos de Isis, ante los cuales adopta una postura negativa:

*Quid tua nunc Isis mihi, Delia, quid mihi prosunt...*  
*Te —memini— et puro secubuisse toro?* (I 3,23 y 26).

Las razones de Tibulo son sencillas: los días pasados en blanco, sin amor, no volverán ya más, son irrecuperables, y, cuando quiera que se comprenda esta equivocación, será ya tarde y los lamentos, baldíos (I 4,33-34), sobre todo si han pasado la juventud y el tiempo de amar:

*Heu, sero revocatur amor seroque iuventas*  
*Cum vetus infecit cana senecta caput* (I 8, 41-42).

No hay, por tanto, que demorarse en acudir al amor, que tiene su momento, porque el tiempo pasa: toda dilación o vacilación constituye un error, pues el tiempo en el que han de satisfacerse las pasiones amorosas es efímero, como nos recuerdan las elegías tibulianas:

*At si tardus, eris, errabis; transiet aetas* (I, 4,27).

Debemos aprovechar el presente, ahora es el momento de amar:

*Nunc levis est tractanda Venus* (I, 1,73),

puesto que el tiempo no se detiene, sino que pasa inexorable y con no poca rapidez (I 8, 47-48), con la misma premura con

---

(10) La castidad es condición obligatoria para la participación en ciertos ritos autóctonos (II 1, 11-12), en el culto de unas celebraciones religiosas interpretadas de diversos modos. Sobre el tema, vid. R. Schilling, «Les allusions religieuses de l'épigramme II 1 de Tibulle», *L'épigramme romaine...*, p. 75.

la que se trueca el día en noche, o se marchita la hermosura de la naturaleza (I 4,28-30). Otro tanto le sucede al hombre, pues ningún ser humano tiene una juventud eterna, como tampoco todos los dioses: sólo unos pocos, Febo Apolo y Baco, con su intonsa cabellera (I 4, 37-38; II 3, 12 y 5, 121; IV 4, 2), gozan de este privilegio. Para los demás, en cambio, el tiempo no pasa en balde: sus efectos son inevitables e irreversibles por grandes que sean los esfuerzos que hagan para disimularlos tanto el hombre que, ya *senex*, experimenta las penas de amor y pretende

*...manibus canas fingere velle comas* (I 2, 94)

como la mujer, que no duda en acudir a los recursos que la cosmética pone a su alcance, como la nogalina<sup>11</sup>, y a otros remedios de felices resultados en el tratamiento de los agravios de la edad:

*Tum studium formae est: coma tum mutatur, ut annos  
Dissimulet viridi cortice tincta nucis;  
Tollere tum cura est albos a stirpe capillos  
Et faciem dempta pelle referre novam* (I 8, 43-46).

Los estragos que causa el envejecimiento afectan tanto al cuerpo como al espíritu. La belleza desaparece:

*Crudeles divi! serpens novus exiit annos,  
Formae non ulla fata dedere moram* (I 4,35-36),

el pelo encanece —el rasgo más reiteradamente expuesto de todos<sup>12</sup>—, las arrugas surcan el rostro (II 2, 20 y III 5, 25), los miembros se ven envueltos por la frialdad, el cuerpo, ahora encorvado (III 5, 16), se ve acometido por las enfermedades (I, 4, 31), entre las que se encuentra la gota, proclive a atacar al rico y a perdonar a los pobres (I, 9, 73); el andar se torna

(11) Vid., JOSÉ GUILLÉN *Urbs Roma I, La vida privada*, Salamanca, 1977, ed. Sígueme, p. 309 ss.

(12) *Cano capite* (I 1, 72), *cana coma* (I 6, 86), *canas comas* (I 2, 94), *canus amator* (I 8, 29), *albos capillos* (I 8, 45), *caput candescere canis* (I 10, 43), etc.

cansino, con esa proverbial lentitud y cansancio de la vejez —a la que acertadamente atribuye los calificativos de *tarda* (II 2, 19), *pigra* (I 10, 40) e *iners* (I 1, 71)—, la mano se torna torpe (I 6, 78), como también la voz, ahora temblorosa (*tremula voce* I 2, 93) y balbuciente como la de un niño (*balba verba* II 5, 94), y el espíritu se vuelve más locuaz, ya que aparece la costumbre de evocar los *facta* de la vida pasada (I 10, 44).

Ante el cúmulo de modificaciones que el hombre experimenta en la vejez la postura más generalizada es la de rechazarla: Homero invoca el umbral maldito de la vejez (ὄλοῦ ἐπὶ γήραος οὐδῶ II. 24, 487), Hesíodo la considera un mal temible (κακῶ ἐπὶ γήραος οὐδῶ Ty D 331), los poetas líricos de los s. VII-VI a. C. —Mimnermo, Teognis, Alcman, Arquíloco, Safo, Anacreonte, Ibico— gritan de horror ante su presencia, los cómicos acuden a ella como fuente de comicidad, e incluso algunos filósofos, como Luciano, se colocan en las filas, mucho más nutridas, de los que ven en la vejez dolencias físicas, degradación de facultades intelectuales y defectos de carácter llevados al extremo<sup>13</sup>. Del mismo modo, el epigrama griego funerario tampoco presenta una situación más halagüeña, pues nos habla de una vejez odiosa, a la que es preferible incluso la muerte precoz; otro tanto sucede con el epigrama puramente literario, que presenta igualmente tonos bastante sombríos para la vejez<sup>14</sup>.

En medio de tantas voces que de un modo unánime la mal dicen, sólo unos pocos se han atrevido a nadar contra corriente. El primero de todos fue Solón, que reconoce el valor positivo de la vejez, no como una queja amarga o desengañada, sino como una profesión de fe<sup>15</sup>. Su lección de optimismo, sin

(13) Sobre este tema, vid. la larga serie de artículos que ha escrito SIMON BYL: «Lamentations sur la vieillesse dans la tragédie grecque», *Le monde grec. Hommages à Claire Préaux*, Bruselas, 1975, pp. 130-139; «Le vieillard dans les comédies d'Aristophane», *A.C.* 46, 1977, pp. 52-73; «Lamentations sur la vieillesse chez Homère et les poètes lyriques des VII<sup>e</sup> et VI<sup>e</sup> siècles», *LEC* 44, 1976, pp. 234-244; «Lucien et la vieillesse», *LEC* 46, 1978, pp. 317-325; «Plutarque et Aristote ont-ils professé des vues contradictoires sur la vieillesse?», *LEC* 42, 1974, pp. 113-126; y, finalmente, «Plutarque et la vieillesse», *LEC* 45, 1977, pp. 107-123.

(14) Vid. JULES LABARBE, «Aspects gnomiques de l'épigramme grecque», *Entretiens Hardt XIV. L'épigramme grecque*, Vandoeuvres-Genève, 1968, pp. 362 y 377 respectivamente.

(15) Vid. SIMON BYL, «Lamentations sur la vieillesse chez Homère...», p. 244.

embargo, no la van a recoger los siglos posteriores, con contadas excepciones —recuérdese, por ejemplo, el mensaje pesimista de las elegías de Teognis 527-528, 877-878, 1011-1012, etc<sup>16</sup>— entre las que se encuentra Tibulo. En efecto, el amplio catálogo de las mudanzas que se experimentan en la tercera edad ni le arredran ni le llevan a desear una muerte temprana que le evite el sufrimiento de vivir cuando aquella llegue; antes al contrario el temor a una muerte prematura es una de las constantes obsesiones de Tibulo, surgido de su aversión a las armas y al mar, por medio de las cuales se alcanza la gloria y la riqueza, que nada le importan en comparación con la vida:

*Nunc Iove sub dominò caedes et vulnera semper,  
Nunc mare, nunc leti mille repente viae* (I 3, 49-50).

El hombre no está a buen recaudo en viajes ni en guerras, como su propia experiencia, convertida luego en poesía, le enseña, pues las *instabiles rates* (I 9, 10), las *dubiis ratibus* (II 3, 40), están llenas de *pericula* (II 3, 39), y la guerra trae consigo heridas y llama a la muerte (I 1, 75-78; *mors propior* II 3, 38). Tibulo, muy próximo al pensamiento epicúreo, aspira a la seguridad en el seno de un mundo conocido (I 10, 10; I, 8 y 3, 46 que, a pesar de las inclemencias invernales (I, 1, 45-49), le ofrece protección y cobijo<sup>17</sup>; en él le gustaría que le sorprendiese la vejez (I 10, 43), que, como revelan las diversas ocasiones en las que hace votos por la larga vida de seres queridos, tiene también un valor positivo. Así encontramos el sincero deseo de que la vieja cómplice de los nocturnos amores del poeta con Delia disfrute de muchos años de vida:

*Vive diu mihi, dulcis anus* (I 6, 63).

Otro tanto sucede con Mesala, cuyo cumpleaños, siempre aco-

---

(16) Con total independencia de que, según A. FOULON, «Une source peu connue de Tibulle: Théognis», *Latomus* 36, 1977, pp. 132-143; Teognis o el pseudo-Teognis habrían sido la fuente de algunos motivos de la poesía de Tibulo, en torno a la huida del tiempo, la inmortalidad que confiere la poesía, la venalidad o la vejez. Dichos motivos se encuentran empleados especialmente en I 4, I 8 y I 9, poemas a los que se hace alusión en varias ocasiones a lo largo del presente trabajo.

(17) Vid. M. J. BÉNÉJAM, *art. cit.*, p. 101 ss.



gido con satisfacción, será celebrado con mayor alegría a medida que pasen los años, como manifiesta en su elogio:

*At tu, Natalis multos celebrande per annos,  
Candidior semper candidiorque veni (I 7, 63-64).*

También en el natalicio de Cornuto le desea que pueda celebrar anciano su cumpleaños, rodeado de multitud de nietos que jueguen ante sus pies:

*Hic veniat Natalis avis prolemque ministret,  
Ludat et ante tuos turba novella pedes (II 2, 21-22).*

La sinceridad de nuestro poeta la avala el que, además, este deseo de longevidad lo hace extensivo a sí mismo, mucho más interesado en llevar una tranquila vida en el campo, apacientando unas pocas ovejas y rodeado de su prole (I 10, 39-44), que en habitar el mundo de Hades, puesto que

*Non seges est infra, non vinea culta, sed audax  
Cerberus et Stygiae navita turpis aquae;  
Illic percussisque genis ustoque capillo  
Errat ad obscuros pallida turba lacus (I 10, 35-38).*

En efecto, Tibulo se aferra a la vida incluso en la vejez. ¡Cuán distinta es su postura de la de sus detractores, como Mimnermo, «el poeta de la invitación al goce del amor y al disfrute de la juventud, unidos al recuerdo de su contrapartida: el dolor por la vejez que se acerca»<sup>18</sup>, que prefiere la muerte, tan pronto como aquella llegue, pues

αὐτίκα δ᾽ ἢ τέθναναι βέλτιον ἢ βίος (2, 10)!

Basta echar una ojeada a sus respectivos campos adjetivos, por ejemplo, para comprobarlo; así descubriremos que la muerte es negra, mientras que la vejez es blanca.

---

(18) FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS, *Líricos griegos*, 1, Barcelona, Alma Mater, 1956, p. 212. Para los textos de poetas líricos manejados, nos remitimos a esta edición, cuya numeración, en los pasajes citados, corresponde con la de Diehl.

Ahora bien, ¿si la vejez es deseable, cuál es su sentido, qué comportamiento ha de observar el hombre en la *iners aetas*?

Una de las pocas características que comparten la muerte y la vejez es que ambas truncan el disfrute del amor (I 1,69-71): la pasión amorosa, una vez que se abandona la juventud, debe desaparecer. El *senex* debe rehuir toda relación carnal, ya que, aún en las ocasiones en las que es alcanzado por las flechas del dios Amor —a cuyos imperativos no puede sustraerse— y se ve forzado a decir <sup>19</sup>

*Limen ad iratae verba pudenda* (II 1, 74),

la desaprobación de su conducta es evidente, como indican tanto el empleo de *pudenda* (más adelante encontraremos *puduit* en I 2, 95) como el enojo que experimenta la muchacha a la que pretende conquistar, que se muestra *iratae*.

Estamos ante el arquetipo del viejo libidinoso, harto conocido desde Aristófanes, cuya incapacidad física contrasta con sus pretensiones. Tibulo se enoja ante él, y lo ridiculiza y censura en sus pretensiones amorosas anacrónicas; es más, ni tan siquiera deja de expresar su preocupación ante la eventualidad de que, una vez que él mismo alcance la vejez —deseo que, sin embargo, no verá cumplido en la realidad—, sus relaciones con Delia hayan de transformarse y adaptarse a la nueva situación, ya que

*nec amare decebit, / Dicere nec cāno blanditias capite*  
(I, 1, 71-72).

También la *militia Veneris* parece tener una época de descanso, un momento en el que el hombre debe abandonar las armas del amor: para los jóvenes quedan las galanterías, las pendencias, las palabras tiernas al oído de la amada, la conversación con la vieja sirvienta a la espera de la cita deseada, los riesgos del asalto nocturno, la espera en el umbral de la

(19) De sobra es conocida la omnipotencia del travieso dios, *anikatos máchan*, Sof. *Ant.* 781, que, a donde lanza sus dardos, provoca el nacimiento de una pasión, independientemente de que hayan alcanzado a hombres o mujeres, jóvenes o viejos.

casa hasta el clarear de la aurora, siempre esperando que se produzca el milagro de la puerta abierta...

En cambio al *senex* ya nada de esto le cuadra. Sin embargo, siempre hay quien quebrante este reposo:

*Vidi ego, qui iuvenum miseros lusisset amores,  
Post Veneris vinclis subdere colla senem  
Et sibi blanditias tremula componere voce  
Et manibus canas fingere velle comas,  
Stare nec ante fores pudit caraeve puellae  
Ancillam medio detinuisse foro (I 2, 91-96).*

Esta escandalosa conducta de pretender tardíos amores cuando está a punto de agotarse la sexualidad graniea a quien la practica la censura. el desprecio y la humillación de los jóvenes (I 2, 97-98), a las que no escapará tampoco quien casó con una mujer joven, que se verá burlado con el beneplácito de Tibulo, ya que ni siquiera el vínculo del matrimonio tiene validez ante la fuerza de la naturaleza: no es para un marido viejo para quien la *puella* viste sus mejores prendas y se acicala. sino para un joven;

*Nec facit hoc vitio, sed corpora foeda podagra  
Et senis amplexus culta puella fugit (I 9, 73-74),*

puesto que no puede haber ningún placer en amar a un *senex*, desposeído de sus gracias naturales. Por ello, frente a la gratuidad del amor con los jóvenes, recomienda a las *puellae* que sean severas con los viejos:

*In veteres esto dura, puella, senes (I 8,50).*

Ahora bien, si resulta evidente que la fusión de la vejez y la pasión representa una desviación del *ordo* propugnado por Tibulo —que sólo admite en esta edad *veteres amores* (II, 4, 47), en donde «*vetus* désigne incontestablement ici une réalité qui a existé, mais n'existe plus»<sup>20</sup>— no por ello toda relación

(20) E. EVRARD. «Vieux et ancien chez Tibulle», *Latomus* 37, 1978, p. 139. El único vínculo que mantiene el hombre con el amor una vez que le ha llegado

afectiva está negada; al contrario incardina dentro de su poesía el tema de la vida de amor (entendido como relación afectiva) en la vejez, que el mismo poeta desearía alcanzar para sí, presentando en unas imágenes ensoñadoras la vida hogareña de un matrimonio de edad, fructificado por los hijos y lejos de la guerra, de intereses económicos y del reino de ultratumba:

*Quam potius laudandus hic est, quem prole parata  
Occupat in parva pigra senecta casa* (I 10, 39-40).

Todo el paisaje se tiñe de una majestuosidad, de un respeto y veneración hacia la figura del *senex* que resulta difícil silenciar; el mismo vocabulario elegido remarca el afán de exaltación (explícita, además, en el término *laudandus*) pues *proles*, empleado también para filiaciones divinas (I 3, 79 y 4, 7), se encuentra asimismo «dans des passages qui se rapportent à la vieillesse et la présentent avec une certaine majesté»<sup>21</sup>.

Se puede hablar, por tanto, de un verdadero ideal tibuliano de la vejez, consistente en llevar una vida sosegada en compañía de la amada y los descendientes, a algunos de los cuales, los más pequeños, sus mayores cuidarán en los momentos en los que estén más desvalidos:

*Nec taedebit avum parvo advigilare nepoti  
Balbaque cum puero dicere verba senem* (II, 5, 93-94).

Como indica Otón a propósito de estos versos, «hay pocos dísticos tan conmovedores como éste en el que relata una escena de abuelo y nieto»<sup>22</sup>.

Así pues, también la vejez tiene un sentido propio, que se

el retiro, es el de poder actuar como consejero amoroso de los jóvenes, y adentrar en el mundo del amor a los amantes cuyos deseos no son correspondidos:

*Tempus erit, cum me Veneris praecepta ferentem  
Deducat iuvenum sedula turba senem* (I 4, 79-80)

aunque tan sólo quien fue victorioso amante podrá dar consejos sensatos y atraer hacia su persona la atención y no las risas de la *turba iuvenum*. También puede facilitar encuentros amorosos en la oscuridad de la noche, como hace la *aurea anus*, la *dulcis anus* capaz de reconocer los pasos de Tibulo y de guiarle al encuentro de Delia (I 6, 59-62).

(21) E. EVRARD, *art. cit.*, p. 126.

(22) E. OTÓN SOBRINO, *Tibulo. Poemas*, Barcelona, Bosch, 1979, p. 191, n. 94.

presenta como una alternativa entre dos posibilidades, entre dos modos de vivir: uno humillante, infamante, censurable y carnal, otro sensato, loable, culminación de la vida. Esta postura nos recuerda a Solón, que, «frente al hedonismo y pesimismo de Mimnermo él, que no desdeña el placer, tiene de la vida una concepción más amplia y serena en la que cada edad tiene sus propios valores»<sup>23</sup>. Además, en un pasaje al que ya nos hemos referido (II 5, 93 ss.), los ideales de vida en la juventud y en la vejez aparecen juntos, revelando claramente el *ordo* que ha de regir el comportamiento del hombre, pues, mientras la *puer* se dedica a los juegos de amor sobre la verde hierba, en cambio *pueri* y *senes* (los unos demasiado jóvenes todavía para conocer los placeres de la carne, los otros demasiado viejos) conviven en una atmósfera llena de amor filial. Obsérvese el contraste de este pasaje con el ambiente enrarecido que se respira en I 2, 92 ss., en donde *pueri* y *iuvenes* exteriorizan su repulsa por el comportamiento de un *senex* que se empeña en enamorar muchachas.

Sin embargo, en una ocasión Tibulo parece adoptar una postura contradictoria con las ideas señaladas hasta ahora, cuando dice:

*nos, Delia, amoris/Exemplum cana simus uterque coma*  
(I 6, 85-86).

Estos versos, junto con I 1, 59, han provocado la prevención de Lyne, aunque reconoce que «Tibullan commitment to lifelong love can, it seems, more easily accommodate the problem of age»<sup>24</sup> que otros elegíacos. Este autor, además, perfila tres posibles vías de acercamiento al problema: inconsistencia, distintos valores de *amor* (que recogería tanto *acts of love* como *affection-love*) o aspecto histriónico de su romanticismo<sup>25</sup>. La segunda vía es, en nuestra opinión, la acertada, ya que el valor polisémico de *amor* en el *Corpus* es evidente: en cada ocasión el contexto nos permite dilucidar si debemos interpretarlo co-

(23) F. R. ADRADOS, *op. cit.*, p. 175. Cf. Solón, fr. 19 y 22.

(24) R. O. A. M. LYNE, *op. cit.*, pp. 66-67.

(25) R. O. A. M. LYNE, *op. cit.*, pp. 294-295.

mo pasión, como relación que busca la unión física, o como relación afectiva. Tengamos en cuenta asimismo que este dístico nace en un poema inspirado por los temores que acometen a Tibulo ante la sospecha de infidelidad de su amada, a la que amonesta para que le sea fiel, con una fidelidad no basada en el miedo, puesto que desea que no

... *saevo sis casta metu, sed mente fideli,*  
*Mutuos absenti te mihi servet amor* (I 6, 75-76).

El cuadro de las penalidades que sufre en su vejez la mujer *quae fida fuit nulli* (v. 77), de quien los despiadados jóvenes se mofan, alegres de ver en la desgracia a la vieja que arrastra el recuerdo de su infidelidad en el amor, le advierte a Delia de los riesgos que corre. En efecto, la fidelidad, la máxima aspiración de un *miles Veneris* (*uxoris fidos optabis amores*, II, 2, 11), es el único elemento capaz de asegurar la continuidad del vínculo amoroso en la vejez; porque la pasión no tiene valor por sí sola si no ha ido acompañada de generosidad, desprendimiento, gratuidad y, sobre todo, fidelidad. Sólo así esta pasión encontrará su recompensa y estima en la vejez, y su recuerdo pervivirá incluso en el momento de la muerte.

En cambio nadie llorará la desaparición de la mujer venal e infiel:

*Seu veniet tibi mors, nec erit qui lugeat ullus,*  
*Nec qui det maestas munus in exequias* (II 4, 43-44).

Porque, al fin, la muerte llegará irremediabilmente y lo truncará todo. En este postrer instante de su vida el poeta buscará a su amada —cuya presencia también solicitaba, junto con la de su madre y su hermana (I 3, 5-9), cuando temía una muerte prematura— pues desea que le acompañe, asiéndolo de la mano, hasta el último momento:

*Te spectem, suprema mihi cum venerit hora* (I 1, 59),

para después, muerto ya, ser bañado con sus lágrimas, cubierto por sus besos:

*Flebis et arsuro positum me, Delia, lecto,  
Tristibus et lacrimis oscula mixta dabis (I, 1, 61-62).*

Un deseo similar al de Solón 22, 5-6, cuando desea que «no venga mi muerte sin acompañamiento de lágrimas, sino que, al morir, deje a mis seres queridos dolor y lamentos»<sup>26</sup>.

En conclusión, el amor adopta en Tibulo una forma diferente según nos encontremos en la juventud o en la vejez, pues, mientras en la primera el amor se entiende como pasión, en la segunda en cambio el trato carnal deja paso a una relación afectiva con la amada, mediante la cual se evitará la soledad (y la cortesana, además, escapará a la *egestas*), un tema preocupante para nuestro autor, junto con su temor poético a la muerte prematura o solitaria. Su ideal de vida en la vejez se cifra en alcanzar una existencia reposada y venturosa, al margen de todo asunto político, rodeado de Delia y sus descendientes; una vejez, por lo demás, concebida sin crispaciones y sin vanas afectaciones, en la que todavía se encuentran razones para vivir, diferente pero valiosa, deseada y anhelada, capaz de llegar a conmovernos. Esta postura, en fin, es lo que ha despertado nuestro interés, junto con la infrecuente claridad con la que ha sido expuesta.

ALFONSO GARCÍA LEAL

---

(26) F. R. ADRADOS, *op. cit.*, p. 199.